

SHAKESPEARE Y LOS DETECTIVES

Ana Elena González Treviño*

Los casos de atribución artística han sido motivo de controversia desde el momento en que ciertas autorías empezaron a implicar grandes cantidades de dinero en el mercado del arte. Estamos hasta cierto punto habituados a la fantasía de un Rembrandt perdido, luego redescubierto, o de un Courbet oculto en palimpsesto bajo un retrato infame que de pronto sale a la luz y se instala automáticamente en los lugares estelares de las subastas. Este fenómeno también ocurre con bastante frecuencia en el ámbito literario, pero con mucho menos revuelo. No así la suerte que corrió en los últimos años una oscura elegía inglesa anónima de principios del siglo XVII.

Mientras realizaba su investigación doctoral sobre los sonetos de Shakespeare, el ahora profesor Donald Foster descubrió, en un *microfilm* de la Universidad de California en Santa Bárbara, un poema titulado *A Funerall Elegye*, publicado en 1612 por Thomas Thorpe y George Eld, que tres años antes habían publicado los sonetos de Shakespeare. El autor de la elegía aparecía designado con las siglas W. S. Foster notó que los casi 600 versos del poema, dedicado a la muerte de un tal William Peter, tenían gran similitud con el modo de versificar de Shakespeare; pasó por su mente la idea de que quizá se tratara de un poema olvidado de ese autor. Los años siguientes Foster se dedicó a probar su hipótesis, utilizando una metodología de análisis que permite identificar al autor de un texto. Esta metodología se basa en la detección de hábitos lingüísticos, características únicas con las que cada persona utiliza el lenguaje. Cada individuo forma oraciones y asocia

conceptos con una singularidad equiparable a la de las huellas dactilares.

Foster es un experto en metodología de atribución. Su libro *Author Unknown* es una colección de ensayos en los que presenta ejemplos exitosos de la aplicación del método. En 1996 le sirvió para descubrir la identidad del autor del polémico *best-seller* anónimo *Primary Colors*, donde figuran personalidades de la política estadounidense bajo una luz nada halagadora. Desenmascarar a Joe Klein fue uno de los logros más espectaculares de Foster, si bien tuvo que esperar casi un año para que Klein se decidiera a reconocer la verdad públicamente. No debe sorprendernos que poco después la policía y el FBI le presentaran a Foster las cartas del *Unabomber* junto con los artículos publicados por el profesor Ted Kaczynski, una y la misma persona, con la finalidad de pedirle que creara una ciencia lingüística forense, exactamente con las mismas técnicas que se usan para analizar poemas, novelas y obras de teatro, pero que se empleara en la investigación de crímenes. Foster también participó como testigo experto en el caso de los documentos relacionados con el escándalo Clinton-Lewinsky. En otra ocasión reveló que dos discursos extraordinarios publicados por la prensa sensacionalista británica, atribuidos nada menos que al primer ministro Hashimoto de Japón y al presidente Ménem de Argentina, en realidad habían sido obra de uno de los ministros de Tony Blair, Alastair Campbell.

El método consiste, como ya se dijo, en detectar hábitos lingüísticos, procurando deducir, en la medida de lo posible, factores como la edad del autor, su sexo, religión, educación, profesión e ideología en los ámbitos geográfico, étnico, socioeconómico, entre otros. Foster sostiene que un criminal puede

* Investigadora bibliográfica y maestra de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha impartido cursos sobre Shakespeare en el Queen Mary College, la University of London y la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

cambiar su aspecto físico, su profesión y su domicilio, pero que nadie es capaz de cambiar su vocabulario básico, especialmente al escribir. Escribimos a partir de un repertorio limitado y único porque la experiencia de cada persona, sus vivencias y asociaciones son igualmente únicas. La ortografía, la gramática y el uso de los signos de puntuación son algunos de los rasgos más fáciles de detectar. Más sutil es el modo singular que tiene cada quien de enlazar ideas y formar oraciones. Son pocos los escritores verdaderamente conscientes de sus inclinaciones estilísticas; ni siquiera un escritor profesional suele detenerse a ver dónde pone cada adverbio o cuál es su conjunción favorita.

Existen herramientas informáticas, claro está, para averiguar rápidamente el número de veces que se utiliza tal o cual palabra. En el caso de una investigación acerca de Shakespeare, por ejemplo, se puede medir fácilmente la proporción entre los versos de terminación masculina (acentuada) o femenina (no acentuada), o el número de encabalgamientos. Por tratarse de una atribución tan importante, para analizar *A Funerall Elegye* Foster recopiló archivos comparativos enormes con muestras de toda la prosa y poesía escrita por autores con las iniciales W. S. entre 1570 y 1630. Otro muestrario abarcaba toda la poesía elegíaca inglesa del mismo periodo. Entre los autores estudiados, ninguno parecía tener el mismo vocabulario, versificación y fuentes que el autor de la elegía, excepto Shakespeare. La elegía tiene muchas expresiones típicas de él, y no sólo eso: no se podría haber escrito sin tener conocimiento de obras dramáticas que no se publicaron hasta mucho después, de lo que se deduce que el autor tuvo acceso a manuscritos que sólo alguien muy cercano a Shakespeare podría haber tenido.¹

Finalmente, Foster se decidió a salir a la luz pública con sus hallazgos. Tenía un contrato con Oxford

University Press (oup), pero la publicación de su investigación no se llevó a cabo porque los expertos que leyeron el manuscrito consideraron que era arriesgado respaldar su hipótesis. Algo parecido ocurrió con Harvard University Press. El libro de Foster no se publicó hasta 1989 en la modesta University of Delaware Press, que además le otorgó el Delaware Shakespeare Prize.²

Un detalle importante que se debe considerar para entender la cautela de las editoriales es que la elegía en cuestión es un poema con muy pocas cualidades literarias; en breve, es un poema malo y aburrido. Insinuar siquiera que Shakespeare, al que los británicos eligieron "hombre del milenio" en el

2000, pudiera haber escrito un solo verso que no fuera sublime, es una especie de blasfemia; pero atribuirle la autoría de 600 versos de pura pesadez ya es demasiado. A esto debemos añadir el hecho de que Shakespeare es una de las industrias más florecientes de los estudios literarios del mundo entero. (Una búsqueda sencilla en internet nos da cifras exorbitantes de los sitios dedicados a él; siempre está en la cartelera, tanto teatral como cinematográfica, ya sea de modo directo o indirecto; incluso los anuncios publicitarios no dejan de citarlo.) Resulta comprensible en-

tonces que la competencia por sustentar la opinión más autorizada sea feroz, por decir lo menos.

Haciendo alarde de sus habilidades deductivas, Foster supo rastrear en varias ocasiones la identidad de los expertos anónimos que leyeron y rechazaron su manuscrito para Oxford y Harvard. Así, confrontó a grandes autoridades shakespearianas como Samuel Schoenbaum, Gwynne Blakemore Evans y, especialmente, Stanley Wells, uno de los editores del *New Complete Oxford Shakespeare*. A pesar de que oup le había prometido a Foster no revelar el tema de su investigación, el volumen complementario del *Oxford Shakespeare* contiene ya una mención de A



Funerall Elegye, gracias a que Wells había leído el manuscrito de Foster.³ Foster hirió susceptibilidades y despertó celos profesionales insospechados. La elegía no podía ser de Shakespeare por ser un mal poema, sí, pero también por ser un estadounidense como Foster quien hizo la propuesta.

Hay muchos tipos de rivalidad entre los académicos shakespearianos; por ejemplo, entre británicos y estadounidenses, o entre Oxford y Cambridge, o entre estas dos universidades y la Universidad de Londres, o incluso entre distintos colegios. Los shakespearianos tradicionalistas del University College London no toleran a los vanguardistas de Queen Mary ni Birkbeck, por ejemplo. Por otra parte, también tenemos la polémica sobre la verdadera identidad de Shakespeare. Los "stratfordianos" (en alusión al pueblo natal de Shakespeare, Stratford-upon-Avon) defienden a capa y espada a su héroe local, mientras que los "oxfordianos" sostienen que el hijo de un simple mercader de géneros no podría haber escrito obras tan cultas, y que sólo una pluma noble las pudo haber concebido. La pluma noble, según ellos, fue la de Edward de Vere, conde de Oxford, muerto en 1604, 12 años antes que Shakespeare. Otros "antistratfordianos" han aventurado la hipótesis de que Shakespeare en realidad era Christopher Marlowe, Francis Bacon o la mismísima reina Isabel I.⁴

Uno de los sitios shakespearianos de internet más populares, Shaksper, ha llegado al grado de prohibir todo lo relacionado con la autoría de las obras, aunque en realidad no ha logrado impedirlo. El debate sobre *A Funerall Elegye* se ha dado ahí con todo fragor desde hace seis años. Y fue precisamente en Shaksper donde en junio del año pasado apareció una participación señaladísima nada menos que de don Foster, retractándose de la atribución de *A Funerall Elegye* a Shakespeare. ¿La razón? Un profesor de literatura inglesa de la Universidad de Borgoña, en Francia, Gilles D. Monsarrat, publicó un artículo en la *Review of English Studies* en el que parece demostrar en definitiva que el poema lo es-

cribió John Ford, conocido dramaturgo, "imitador de Shakespeare" y miembro de su compañía teatral.⁵ Foster reconoce graciosamente su derrota y acepta las pruebas de Monsarrat. En septiembre del 2002, Cambridge University Press publicó un tomo de 600 páginas con el título *Counterfeiting Shakespeare: Evidence, Authorship and John Ford's "Funerall Elegye"*, de Brian Vickers (*Falsificaciones de Shakespeare: Las pruebas, la autoría y la elegía de John Ford*), dedicado a rebatir los argumentos de Foster.

Un libro tan grande para explicar un poema malo es un hecho que nos obliga a cuestionar la verdadera naturaleza de las motivaciones que configuran el canon. Si Shakespeare sigue siendo un poderoso motor de la cultura mundial, como lo ejemplifica esta controversia, es porque sus obras permiten que cada quien lleve agua, mucha agua, a su molino. Que la elegía entre o no al canon es lo de menos, pues el debate ya dejó huella. Por lo menos tres de las ediciones más importantes de la obra de Shakespeare—Longman, Norton y Houghton Mifflin—sí incluyen *A Funerall Elegye*.



Lo que se pone en evidencia aquí es la obsesión por la idea del autor, y una total incompreensión de lo que significa la obra anónima. Resulta más interesante el estudio de las implicaciones históricas y sociales que tiene firmar o no firmar una obra. El Proyecto Perdita, por ejemplo, está dedicado en parte a descubrir a las muchas mujeres escritoras del Renacimiento, que se ocultaron en el anonimato debido a las condiciones sociales imperantes.⁶ Por otra

parte, la importancia de Shakespeare es incuestionable. En la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, la carrera de letras inglesas tiene una matrícula importante, y Shakespeare tiene mucho que ver con eso, pues la disciplina literaria que conocemos hoy se originó en el siglo XIX con la exégesis shakesperiana. Más allá de toda disputa y de todo accidente histórico, nuestra misión es poner a prueba las motivaciones profundas que configuran la cultura.

NOTAS

- ¹ Incidentalmente, uno de esos manuscritos fue la traducción de *Don Quijote* de Thomas Shelton (1612). Véase Stephen Greenblatt et al. (eds.), *The Norton Shakespeare*, Norton, Nueva York-Londres, 1997, pág. 3304.
- ² *Elegy by W. S.: A Study in Attribution*, University of Delaware Press, Cranbury, N. J., 1989.
- ³ Stanley Wells y Gary Taylor, *William Shakespeare: A Textual Companion*, Clarendon Press, Oxford, 1987, pág. 137.
- ⁴ Véase D. Foster, *Author Unknown: On the Trail of Anonymous*, MacMillan, Londres, 2000, pág. 21.
- ⁵ G. D. Monsarrat, "A Funerall Elegye: Ford, W. S., and Shakespeare", *Review of English Studies*, vol. 53, núm. 210, mayo del 2002, págs. 186-203.
- ⁶ *Perdita* es el nombre de la protagonista de *El cuento de invierno* de Shakespeare. Significa "perdida, oculta".

OTRAS OBRAS CONSULTADAS

VICKERS, Brian, *Counterfeiting Shakespeare: Evidence, Authorship and John Ford's "Funerall Elegye"*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002.

SITIOS DE INTERNET

Perdita Project: <http://human.ntu.ac.uk/perdita/>
Shaksper: www.shaksper.net/archives/2002/1484.html

